

El siglo de los comunismos

Claudio Ingerflom *

Ingerflom nos sumerge en la historia rusa del siglo XX, mostrándonos las transformaciones que experimentó esa sociedad en ese período, explicitando estrictamente algunas de las conquistas actuales del pensamiento democrático.

El siglo de los comunismos, en realidad, es un libro en el que participaron entre sesenta y setenta autores con artículos diferentes, que codirigí hace unos años con cuatro colegas y que fue traducido a varios idiomas. En él queríamos mostrar que el comunismo no fue único, y que si bien hay elementos comunes a todos los regímenes comunistas, en todas esas ideologías que de una u otra forma proclaman fidelidad o lealtad al comunismo, entre un minero de Antofagasta, un profesor de Cambridge o un judío que a principios de siglo, en Rusia, adhiere al comunismo porque está cansado de los *pogroms* y de las campañas antisemitas, hay motivaciones y realidades sociológicas y económicas diferentes. La idea, cuando se encarna en actores diferentes, sufre cambios. Eso es lo que quisimos destacar, y también –por ejemplo– que entre el primer gobierno sandinista de Nicaragua, que entrega el poder cuando pierde las elecciones, y el de Fidel, que se mantiene sin que le importe nada la voluntad popular, o los de China, Vietnam o Rusia, hay realidades muy diferentes, hay actitudes de respeto o no de la voluntad popular, lo que demuestra que el comunismo no era algo homogéneo, y digo era porque lo que quedó es su agonía, sus últimos estertores.

Dentro de este tema, que es inmenso –un siglo, un planeta, y no es posible hablar de todo porque seríamos muy superficiales– voy a tomar un solo punto, voy a tratar de exponer lo que fueron las últimas interpretaciones del fenómeno comunista, qué pasó con la caída de la Unión Soviética, con el episodio Gorbachov, qué es lo que aporta como comprensión del comunismo su caída y qué pasa hoy en Rusia. Me voy a detener en Rusia porque aun estando convencido de la pluralidad de la que les hablaba, podríamos pensar que sin Rusia y China el comunismo no hubiera sido realidad en el siglo XX, y que durante muchos decenios el comunismo internacional obedeció como soldado disciplinado a lo que se dictaba en Moscú. Si tuviera que ponerle un subtítulo a mi exposición, este sería “El síndrome Gorbachov o cómo pueden fracasar las mejores intenciones de cambio político”.

Anales de la educación común / Tercer siglo / año 6 / número 10 / Pensar la política: un desafío en la tarea de educar / noviembre de 2011

Publicación de la Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires,
Versión digital del artículo publicado en pp. 89 a 104 de la edición en papel.

En los últimos 30, 40, 50 años hubo tres grandes enfoques interpretativos del comunismo: el primero toma al comunismo en sí como sistema; para algunos era justo, para otros, criminal, pero el comunismo era un sistema en sí mismo. Para el segundo, el comunismo tenía una especificidad cultural dictada por los países en los cuales se encarnaba, fundamentalmente Rusia y China, es decir era agrario, era atrasado, no había conocido las libertades, etcétera. El tercero de estos enfoques, que se desarrolló cuando empezó a haber una crítica de los regímenes nazi y fascista, ubica al comunismo como una variante de las dictaduras duras, particulares, llamadas totalitarias por la voluntad que tenían de modificar totalmente el sistema social y provocar la emergencia de un hombre llamado nuevo.

Esta tipología de los tres enfoques –cuando hablo de estas tipologías presten atención al hecho de que yo no me reconozco en ninguna de ellas–, el comunismo en sí, el comunismo como expresión de una esencia cultural y el comunismo como un régimen totalitario parecido al nazismo, vuela en pedazos en las últimas décadas del siglo XX. ¿Por qué vuela en pedazos a fines del siglo XX?, porque en China la voluntad de separar el orden político y social del orden económico, o sea, de conservar el comunismo como orden político y social y reemplazar el colectivismo dirigido por el capitalismo en el orden económico, cambia el panorama. El orden político comunista pierde, después del episodio de los guardias rojos, ese carácter de represión masiva y cruel, pero sin embargo no se transforma, a pesar del triunfo de la economía capitalista, en aquel sistema político que acompañó la emergencia del capitalismo en Europa Occidental a partir de la Revolución Francesa, esto es, la democracia. Esta realidad china no encaja en estas tres tipologías. En Rusia también estos tres esquemas se parten en pedacitos, porque el comunismo allí es oficialmente derrocado como orden político y el capitalismo es la nueva base económica, de modo que el cambio pretende ser total, y esto explica por qué en los años 90 se habló tanto de un retorno a lo “normal”, a la Rusia pre-soviética, como si el comunismo hubiera sido un paréntesis en la historia del país. Al mismo tiempo, como en China, el fracaso de instaurar una verdadera democracia en Rusia está a la vista de todos.

Si examinamos los últimos veinte o veinticinco años –les recuerdo que la *Perestroika* comenzó a funcionar con fuerza a partir del año 1985 y que en 1991 la URSS desaparece como estado– observamos, en primer lugar, el auge y la caída de la primera generación de dirigentes (Gorbachov o Yeltsin, para dar nombres simbólicos). Estos eran hombres que, a pesar de toda la novedad que introducen en la vida política, pertenecían al pasado, fueron formados en la ideología del Partido Comunista. Estaban realmente animados por anhelos de justicia política y social; no les vamos a hacer ningún proceso personal a ellos, porque lo que interesa es lo que pasa objetivamente, así que vamos a partir del hecho de que querían realmente cambiar las cosas. Eran hábiles, supieron apoyarse en la opinión pública al principio, satisfaciendo aspiraciones democráticas, y consiguieron

en su momento derrocar las redes partidarias internas, los clientelismos de todo tipo. Sin embargo, no fueron radicales, no fueron consecuentes ni en el pensamiento ni en la acción, hicieron concesiones y alianzas con los derrotados del día anterior. En otras palabras, y para utilizar un lenguaje familiar en occidente, por un lado perdieron la confianza popular, y por el otro, no aseguraron para las fuerzas más conservadoras el papel de parapeto frente a las reivindicaciones populares de cambios radicales. Dañaron suficientemente el sistema como para que este ya no pudiese volver a ser el mismo, pero su función terminó ahí. Salieron abucheados de la escena y sin ningún tipo de reconocimiento. Esto es lo que yo propongo llamar el “Síndrome Gorbachov”.

¿Quiénes son sus sucesores?, generacionalmente son hombres a mitad de camino entre el pasado soviético y el presente post-soviético, ligados institucional e ideológicamente a los servicios de seguridad e inteligencia, a los que no hay que considerar como una cosa homogénea, no solamente porque siempre hay rivalidades entre aparatos, (como en todo el mundo), sino también porque tienen ideologías diferentes; los une, quizás, una cierta representación de lo que tiene que ser la grandeza del país. Estos hombres están convencidos de que Rusia tiene que recuperar su papel de gran potencia y son totalmente impermeables a los valores democráticos.

Cuando Gorbachov, fiel a sus propios límites, se opone a las reivindicaciones independentistas de, por ejemplo, países como Lituania –adonde envía el ejército–, y a diferentes reformas políticas estructurales, cuando se apoya en las fuerzas armadas y en las fuerzas conservadoras, repito, en ese momento, Gorbachov pierde la confianza de la base social que lo venía manteniendo.

Recuerden que en el 88, cuando ya había rumores de unificación de Alemania, Gorbachov le dice a Helmut Kohl, el canciller de la República Federal Alemana, “si usted habla públicamente de unificación, a los cinco minutos va a escuchar que me han detenido y que las fuerzas armadas tomaron el gobierno de mi país”. Eso fue unos meses antes de la caída del muro, fíjense los límites del hombre que estaba dirigiendo la segunda potencia del mundo. La pérdida de apoyo de la base social supone que la base social se autonomiza y que ya no acepta los límites propuestos por Gorbachov, como por ejemplo el hecho de que Lituania siga siendo parte de la URSS, etcétera.

Para la base social Gorbachov no aparece más como el hombre capaz de contener o derrocar a los sectores más conservadores y de llevar el proceso hacia delante –las reformas–, y esto implica también que los conservadores ya no lo necesitan (hablo de conservadores para emplear un término neutro, en realidad el aparato del partido, los sectores nacionalistas *con c*, que a veces se escribían *con z*), que ya no es una moneda de cambio; quedó sin valor porque perdió su base social. La consecuencia es inmediata, el golpe de estado de agosto de 1991.

¿Qué pasa con ese golpe de estado? El orden estaba muy resquebrajado por la acción de Gorbachov y la ideología que hubiera permitido a los golpistas una coherencia discursiva y una base social propia ya no existía. La imbricación entre el ejército y el pueblo en Rusia siempre fue muy

grande porque el ejército está constituido por millones de personas, por lo que prácticamente no hay familia que no esté ligada a él, y los soldados hacían el servicio militar dos años en tierra y tres en la marina. Además, estaba vivo el recuerdo del ejército en la guerra patriótica contra los nazis; el ejército tiene mucho prestigio, y esto les impidió a los soldados y a gran parte de la oficialidad dar otro paso más y reprimir al pueblo. Una cosa era derrocar a Gorbachov y otra reprimir al pueblo. Los golpistas pudieron técnicamente detener a Gorbachov y encerrarlo en las costas del Mar Negro, pero cuando Yeltsin, que era el número dos del país y dirigía Moscú, desde el parlamento, llamó a la población de esa ciudad a salir a las calles para detener los tanques, hubo dos muertos casi por accidente (porque un tanque les pasó por arriba), porque no hubo represión. Y unas horas después trajeron a Gorbachov y detuvieron a los golpistas.

Yo estaba en Moscú en esos días. Lo que más me impresionó fue lo que pasó al día siguiente, cuando se reúne el parlamento. Entra Gorbachov y hay aplausos —el parlamento ya no es el parlamento comunista, está democráticamente constituido, había comunistas pero había sido elegido sobre la base de candidaturas múltiples por primera vez en la historia milenaria del país—, se sienta, le da la palabra a Yeltsin (se suponía que iba a hablar después de él), y Yeltsin comienza su discurso; denuncia a los golpistas, toma un papel y dice que está firmando la orden de prohibición y disolución del Partido Comunista de la Unión Soviética, por golpista y por atentar contra el orden constitucional. Gorbachov se levanta, blanco, y tartamudea, diciendo que no, que no era posible... En ese momento hay una ovación para Yeltsin y Gorbachov se sienta totalmente vencido mientras todo el parlamento —salvo los comunistas—, aplaude la firma de la disolución del PCUS.

Si se los cuento así todo parece muy sencillo, muy claro, transparente; pero las cosas nunca son así, porque estamos hablando del hacer de millones y millones de seres humanos. Si nos quedamos acá no sería erróneo, pero sería superficial porque no nos ayudaría a comprender las condiciones de posibilidad de estas transformaciones y por qué estas transformaciones fallaron. Para comprender esto tenemos que ir más allá de lo que los hombres actuaron. Tampoco nos sirve este relato para pensar otros destinos además del destino ruso, porque las transformaciones políticas se dan en todos los países del mundo, de distintos modos, en diferentes épocas. Siempre a mis estudiantes les digo que si me preguntan qué superficie tiene esta sala y yo les dijera, pongamos por caso, que 10 metros cuadrados, ustedes sabrían cuál es la superficie de esta sala, pero si quieren ir a la sala de al lado y medirla no van a saber cómo se hace. Por eso yo soy partidario de decir que no sé cuánto mide pero que si miden los lados y los multiplican, lo averiguan. De esta manera van a saber medir cualquier otra sala. A esto me refiero cuando digo que estas explicaciones a las que la ciencia política, el periodismo —perdón si hay periodistas acá—, los sociólogos, etcétera, son aficionados no nos sirven de gran cosa, solo para estar informados de lo que pasa, pero si queremos pensar tenemos que ir un poco más allá, y esta es un poco nuestra función: nos pagan para pensar, para ir a los archivos, escribir, etcétera.

Anales de la educación común / Tercer siglo / año 6 / número 10 / Pensar la política: un desafío en la tarea de educar / noviembre de 2011
Publicación de la Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires,
Versión digital del artículo publicado en pp. 89 a 104 de la edición en papel.

Vamos a ir entonces un poco hacia delante. Como hablaron filósofos e historiadores voy a tratar de ponerme un poco en el medio —esto es algo incómodo porque no le va a gustar ni a los filósofos ni a los historiadores— y voy a tratar de sintetizar (mi posición en este caso, en cambio, es cómoda porque soy el último expositor, nadie va a poder contestarme) la parte histórica y la parte teórica. Yo les decía que partíamos, para entender el comunismo y lo que pasó, desde el momento de su caída. La caída nos permite renovar el enfoque interpretativo, si el orden vencido, el comunismo, continúa tiñendo, dando la primera nota, si el régimen continúa jugando ese papel, es decir, si el curso político y las relaciones socioeconómicas —que están en una nueva situación— siguen transmitiendo valores del comunismo, como está pasando con la negación de la democracia, las redes clientelares o la corrupción. Esto significa que una parte del pasado no pasó, sigue funcionando, y que entonces, el comunismo tenía posibilidades más amplias que descubrimos ahora porque sigue funcionando en un régimen no comunista. Y con conexiones más profundas de las que sospechábamos con la realidad profunda del país, caso contrario hubiera desaparecido fácilmente.

Aquí surgen para el observador, para el actor político y para el investigador, interrogantes interesantes. Por un lado para el actor político en general está claro que este encadenamiento, o sea el síndrome Gorbachov seguido por una nueva-vieja situación, la de hoy, y como resultado general el fracaso de las que pudieron haber sido profundas transformaciones democráticas en lo político y en lo social, este encadenamiento, decía, se puede dar no solo a la salida de un régimen comunista sino también en otros países. No se dio en España a la salida del franquismo, pero pudo darse. En cuanto al investigador, puede y debe guardar una distancia científica, distancia que para el actor político muchas veces es un lujo imposible porque tiene responsabilidades y tiene que actuar directamente. Un investigador no tiene ninguna responsabilidad de ese tipo, en ese sentido no tiene por qué actuar. Puede pensar y decir lo que a la gente no le gusta porque él está convencido de que eso es lo que está haciendo como operador científico. En esa distancia se pueden pensar algunas cosas. En primer lugar, que estamos frente a lo que en las humanidades llamamos la antropología política, y la verdadera interrogación sería la siguiente: si el fracaso no se debe solamente (ni en primer lugar) a la ausencia de habilidad política o a la falta de deseo de cambio en Gorbachov y en sus equipos, entonces ¿de qué otras realidades el síndrome Gorbachov fue el síntoma? Podríamos reforzar esta interrogación con otra, y preguntarnos por qué notamos hoy tanta armonía entre el actual autoritarismo, que ignora soberbiamente los valores democráticos, y la sociedad rusa.

Como ven, estoy haciendo círculos para siempre volver a la misma interrogación, tomándola desde diferentes costados. La tentativa de responder a este interrogante hay que rastrearla en la historia y acudir a la filosofía política porque es la que nos proporciona un saber sobre la historia

del pensamiento y de las distintas formas de pensar la política desde que se autonomiza de la esfera religiosa, con Maquiavelo, o sea desde la Modernidad más temprana –no hablemos ahora de Aristóteles, de los griegos, hablemos más bien de la Modernidad– y, sobre todo, porque la filosofía nos propone categorías y conceptos que nos sirven para pensar los acontecimientos con los cuales estamos confrontados. Ahora bien, ¿por qué la historia y no la sociología o la ciencia política? No estoy haciendo ninguna exclusión, porque cuando trabajo me apoyo en lo que conozco de sociología, en lo que plantean los politólogos, pero doy la prioridad a la historia porque en el fracaso al que estoy aludiendo, el de la democratización –fracaso relativo, pero fracaso si lo medimos según las aspiraciones profundas de democratización social y política de los años 80 en la URSS– se reconocen espesos segmentos del pasado político ruso, a veces un pasado muy antiguo, de varios siglos, pero constantemente reactualizado. Un pasado que no pasa, un pasado que opera en el presente.

Esta postura mía no significa ningún retorno al culturalismo, al esencialismo, o sea a privilegiar los rasgos que serían esenciales y excepcionales de tal o cual país, que muchas veces encubren un racismo consciente o inconsciente. Es mediante este culturalismo que se interpretaron la especificidad rusa en general, desde los inicios de la Modernidad occidental, y el comunismo en el siglo XX; es decir, el atraso, la barbarie, la crueldad de las relaciones humanas que explicaban el destino político ruso.

Volvamos al problema de la filosofía política. Yo no me ubico en la filosofía política occidental para comparar lo que pasó en Rusia y en Francia, por ejemplo, porque este tipo de comparativismo “mientras la Revolución Francesa introducía los valores democráticos en Rusia estábamos con la servidumbre”, en realidad oculta que pensamos el mundo en términos de un modelo, de una referencia, y los demás tienen que acomodarse a ese modelo o a esa referencia. En este sentido, los rusos fueron mucho más renovadores en el siglo XIX, cuando el hegelianismo y esa idea de que todos íbamos por el mismo camino hacia un fin –la construcción del Estado, etcétera– dominaba las elites y los panoramas intelectuales en Europa en general, cuando una parte de la *intelligentzia* rusa tomó otro camino, aceptó que hay un curso magistral de la historia, que domina los otros caminos, y que Rusia podía incorporarse a ese curso. Pero no pensó que Rusia tuviese que seguir el camino de occidente. Esos sectores intelectuales se decían socialistas, entonces, en lugar de pensar el socialismo introducido desde el extranjero –que significaba primero construir la sociedad capitalista, hacer la revolución burguesa, esperar que se forme el proletariado y recién ahí comenzar a pensar en el socialismo– ellos dijeron que Rusia tenía su camino, que no iban a pensar el socialismo en Rusia, sino que iban a pensar el socialismo ruso, es decir, un futuro justo de nuestro país fundado en las características que le son propias: de la comunidad campesina a los hábitos que ellos creían universales del pueblo ruso, y pensar la propiedad en términos colectivos.

Esta postura filosófica sobre los caminos históricos permitió a algunos miembros de la *intelligentzia* rusa pensar a Rusia con el mismo valor histórico que occidente, y a otros pensar que el camino ruso particular era *el* camino que la humanidad tenía que seguir. Esta última corriente, que tiene mucha vigencia hoy, en un momento tuvo vigencia con el comunismo, porque el comunismo se planteó como resultado de la historia rusa y todo el mundo tenía que seguirlo. Hoy esa pretensión de que Rusia sea el ejemplo da lugar a movimientos políticos ultranacionalistas y fascistoides que pululan en las calles (y no son extranjeros a una ideología imperial) que ustedes han observado en la guerra de Chechenia, gente que parece ignorar lo que le costó a Europa y a África muchas lágrimas, es decir, la descolonización a partir de la década del 60. Como ven no nos alejamos de lo estrictamente político y reencontramos lo que anuncié cuando estaba justificando la utilización de la disciplina de la historia, o sea la sedentarización del pasado que está reactualizada en el presente.

El análisis de lo que intentó Gorbachov, es decir de lo que realizó tanto como de lo que no pudo realizar, suscita la siguiente pregunta: ¿qué dialéctica se estableció en ese presente entre el horizonte de expectativas que tenían los actores –Gorbachov, su equipo y su base social– y el pasado, el campo de experiencias individual y colectivo de los mismos? A aquellos entre ustedes que están familiarizados con autores como Gadamer, Ricoeur o Koselleck, el hecho de que yo interroge ahora el pasado a partir del futuro y no del presente no les va a resultar extraño, y a los que no han leído a esos autores les digo en dos palabras –y ante la atenta mirada del profesor Castro, que no me va a dejar decir tonterías– que esto tiene que ver con la ontología de Heidegger, y con el hecho de que el ser es tiempo y se proyecta siempre hacia el futuro; entonces el futuro es el punto desde el cual interrogamos el pasado. Esto es muy simplista, los que tengan ganas de ir más allá léanlo, pero por lo pronto así aclaramos las cosas. Cuando me pregunto por la dialéctica en el presente entre el futuro y el pasado, estoy intentando pensar lo siguiente: cuando uno elige una dirección hacia el futuro reactiva el arsenal de experiencias que cada uno tiene, individuales y colectivas. Este gran señor que era Ricoeur, el filósofo francés, tiene una frase que a mí me gusta mucho y se las voy a leer, dice: “no ocupamos nunca la posición absoluta de innovadores, sino siempre la situación relativa de herederos”. Creo que todos los actores de la política deben ser conscientes de esta frase –y también los investigadores–. Ahora, ser heredero no significa conocer lo que se hereda, si no sería muy fácil; ser heredero significa estar trabajado desde adentro por algo del pasado que no conocemos, de lo que no somos conscientes. Jean Grondin, un gran historiador canadiense de la filosofía, ha llamado –siguiendo a Gadamer– a la idea de que el pasado, la historia, nos trabaja colectivamente sin que lo sepamos, “el trabajo de la historia”. Estamos trabajados por dentro por nuestro pasado sin que lo sepamos, por eso Ricoeur decía: nunca somos innovadores absolutos, siempre somos relativamente herederos. Es decir, somos pacientes de la historia, y por eso estamos insertos en una cadena ininterrumpida y multisecular

hecha de cambios fundamentales pero no de rupturas. Si el término vale lo que vale, una ruptura es quimérica: en historia no hay rupturas. Teóricamente, por lo que vengo de explicarles, y en la práctica cada uno de ustedes sabe que en el hacer colectivo de la humanidad una ruptura no existe. Entonces la palabra ruptura habría que desecharla, sirve para los eslóganes de campañas electorales, pero no para pensar seriamente la realidad.

Esto es muy teórico, y yo realmente le doy las gracias todas las mañanas, cuando me siento en el archivo, a la filosofía, que me permite no siempre perderme en la masa de documentos que tengo que analizar. Pero como uno sigue siendo historiador, además de agradecer hay que identificar en qué consiste concretamente este trabajo de la historia que irrumpe en la escena política a veces conscientemente, a veces inconscientemente, a veces en un gran cambio, a veces en pequeños cambios y a veces en fracasos. Más prosaicamente: ¿cuál es el pasado ruso que la perspectiva de la superación del comunismo hizo presente y que funcionó como presente en la década de los 90? ¿Es clara la pregunta? De esta pregunta depende todo lo que voy a decir ahora. La idea es (ser pacientes de la historia teóricamente es muy lindo, pero después debemos ir al pan pan y al queso queso), ¿qué es de ese pasado lo que hoy está presente y explica nuestros frenos, concretamente? ¿Qué pasa, por ejemplo, cuando le preguntan a Putin cuál va a ser el futuro? Les traduzco un diálogo que tuvo lugar el 26 de octubre de 2007¹. Putin estaba en el estudio central de la televisión, en Moscú, y responde a las preguntas que le hacen desde todo el país. Desde la plaza central de una pequeña ciudad al sur de los Urales, un ciudadano le pregunta: “Vladimir Vladimirovich (en ruso es una muestra de respeto utilizar el nombre y el patronímico, Vladimirovich quiere decir que es el hijo de Vladimir, una forma muy respetuosa de dirigirse al otro) sabemos que usted se va después de las elecciones en el 2008, ¿qué sucederá entonces con nosotros y con el país?”. La perspectiva es el futuro, poco importa si esta pregunta fue por encargo o si fue espontánea, lo que es obvio para todos los rusos es que esta interrogación fue la que enunció siempre a gritos y llorando la multitud reunida en los sepelios de cada zar. Elegí este intercambio porque nos ubica en la actualidad y en pocas palabras hace –o hará cuando yo termine de dar la explicación, espero– evidente los límites del cambio iniciado por Gorbachov. Pero antes vamos a retroceder ochenta años; cuando muere Lenin se discute lo que se va a hacer con el cuerpo, que al final deciden embalsamar. Ayer hablaban de archivos, bien, yo tuve la suerte de consultar los archivos en el momento de más libertad de la *Perestroika*, cuando estaban abiertos, y pude leer todo el debate en el buró político, las cartas de la población y los informes de la policía que estaba en la calle, los agentes de civil que daban un panorama de lo que se vivía. Uno de los informadores redacta un informe a la dirección del servicio de seguridad de Moscú, que dice lo

¹ Putin era presidente del país y se estaban preparando las elecciones en las que no podía participar como candidato a presidente porque la Constitución se lo prohibía.

siguiente: “en la procesión de 27 de enero de 1924, el día que el féretro de Lenin estaba abierto y se exponía el cuerpo, eran muchos los que lloraban. Escuché decir a las mujeres: «nuestro padrecito el zar está muerto, quién será el nuevo zar, sin él hemos quedado huerfanitos»”. En los dos casos, en el caso de Putin y en el de Lenin, la expectativa de lo que va a pasar se mezcla con el pasado y nos trae al zar, o sea ubica en la experiencia la figura del poder personal alrededor del cual se articula la vida institucional y política de un organismo de cientos de millones de personas. Hay en este mecanismo mental una buena dosis de razonamiento analógico, que mezcla períodos y fenómenos distantes del pasado y del presente, y los mezcla de una forma que me impactó, porque aplana el tiempo de golpe, el transcurrir del tiempo no existe, el zar, Lenin, Putin, unidos en una misma frase cuando conocemos la historia. Pero esto es curioso para nosotros porque somos extranjeros y tenemos que entrar a la historia intelectualmente; para los actores era normal, ellos metían todo junto, es decir, la historia se hace así, estamos hablando de siglos.

Sin embargo, y aquí introduzco un paréntesis importante, no hay que confundir los comentarios politólogos corrientes que banalizan el paralelo entre Lenin y Putin, por un lado, y el zar, por otro, remitiéndolo nada más que a la comparación de poderes arbitrarios, porque poderes arbitrarios han tenido muchos dirigentes en el mundo. Dejemos esas cosas de lado porque estamos hablando de cosas más serias.

Yo antes me pronuncié contra el concepto de ruptura, lo que tampoco significa necesariamente que hubiese continuidad. ¿Qué es lo que cambia entre los zares, Lenin y Putin? Pensemos, por ejemplo en el criterio de legitimidad, ¿cuál es la legitimidad de zar?, el hecho de haber sido designado por Dios; la sociedad no tiene nada que decir. ¿Cuál es la legitimidad de Lenin?, aparecería como una legitimidad inmanente y no trascendente, no divina; sin embargo pensemos lo siguiente: cuando los comunistas plantean construir una sociedad comunista, nos dicen que las leyes de la historia están de su lado y que ellos tienen un saber científico sobre la realidad, dos por dos son cuatro, el que lo discute está loco y se va a un manicomio o a un campo de concentración. Cuando tienen esas leyes científicas sobre la sociedad, que son intangibles, que están escritas en un libro como *El Capital*... me corrijo, porque Marx nunca escribió eso. Digamos mejor en los libros de divulgación política, (a los cuales tenemos acceso como lectores, no como autores ni como críticos), entonces el criterio de legitimidad de ese poder siempre es trascendente, es inmanente porque está en el libro, pero trasciende la realidad y la práctica social: ninguno de nosotros tenemos la más mínima posibilidad de influenciar en el criterio de legitimidad, no podemos más que aceptar la legitimidad de lo que se hace como se aceptaba la del zar. Hubo un cambio, sin embargo, en un caso era religioso directamente, en el otro, una mezcla de inmanencia, trascendencia, saber científico incluido, además, en el movimiento positivista del siglo XIX que planteaba un saber científico sobre la sociedad; en ese sentido el leninismo no innovó

mucho. Con Putin hay otro cambio, Putin es elegido, hubo una elección –que no haya sido democrática, que hayan asesinado a candidatos, etcétera, es secundario–; es decir que en una historia de mil años por primera vez –en realidad por segunda, por primera vez fue con Yeltsin– el pueblo puede ir a votar por varios candidatos. Eso es una legitimidad que existe, porque si no hubiese habido represión y no se hubieran matado a ciertos candidatos, Putin igual hubiera ganado las elecciones (hay regímenes que matan porque están acostumbrados a matar o porque tienen miedo a la ideología y a las voces que suenan por ahí). Fue legitimizado también por la Iglesia, pero la legitimidad fundamental es la de las elecciones. Así que, como ven, hay elementos del pasado que permanecen, que se reactualizan, pero hay también cambios, por eso digo que no hay ni ruptura ni continuidad.

Ustedes se deben estar preguntando qué respondió Putin a la pregunta: “no se preocupe ciudadano, yo impulsé la política prevista en el programa que votó la mayoría del pueblo, lo que se logró no desaparece conmigo, las instituciones estatales son permanentes, el Estado no muere ni se retira”. Esta es la respuesta de un hombre de estado, ¿tienen alguna objeción que hacer? Bien. El problema es que la inventé yo ayer a la noche, porque lo que dijo Putin no fue eso. Si hubiera respondido eso, hubiera rechazado los términos de la pregunta y desplazado el centro desde su personalidad hacia el Estado, pero en realidad Putin no descalifica la pregunta y responde así: “Arcadio –sin el patronímico, el paternalismo está ahí, no dijo Arcadio Ivanovich, es casi como tutearlo (Rusia no es Argentina, la gente no se tutea)– pienso que todo estará bien, estoy seguro; en cuanto a mí, como ya dije, la Constitución no me autoriza a presentarme a un tercer mandato a pesar de que amo mucho a mi trabajo”. Seamos justos, hay un avance, un dirigente máximo habla de la Constitución sin tergiversarla, eso ya es una conquista mayor en la historia rusa, en un país donde el derecho fue escrito pero nunca la norma. Y agrega: “espero poder conservar lo esencial, vuestra confianza en mí”, lo que es una vuelta a lo que venimos analizando. El Estado como institución abstracta, como institución que se delineó a partir de la Revolución Francesa, más allá de los que gobiernan y de los gobernados, es el gran ausente de este diálogo. El Estado cuya única justificación es la soberanía popular, el Estado como encarnación de la voluntad general. Pero no es todo, fíjense cuál es la palabra que se usa en ruso para Estado –en alemán, en inglés, en las lenguas latinas viene de la misma raíz latina–: *государство*; *gasudarsvo*, que en ruso significa “el dominio del amo”. ¿Cuál era el término de la titulación oficial, el término más utilizado de los títulos que llevaba el zar? *Gasudar*, o sea, amo, es la misma palabra que se empleaba para el propietario de esclavos en Rusia.

La relación entre el poder personal y el Estado en la historia rusa es demasiado compleja como para que la tratemos de una forma en la que pueda convencerlos. Tenemos pocos minutos, pero ¿cuáles son las interpretaciones sobre el Estado en Rusia o en la Unión Soviética frente a las cuales estamos

hoy confrontando? Hay un hecho que podría pasar por sumamente curioso y hasta divertido si no fuese porque es trágico, porque en él están involucrados millones de seres humanos. En los últimos 30 años Rusia ha provocado los diagnósticos más sensacionales y contradictorios en los círculos de las ciencias políticas, de las relaciones internacionales, del periodismo, es decir todos aquellos que están ocupados por las realidades más inmediatas. Primer diagnóstico —errado a mi parecer—, en los años 70 y en la primera mitad de los 80. La URSS no era solamente el imperio del mal sino que haciendo suyo el discurso de la dirigencia soviética estos observadores decían, sean amigos o adversarios, que la URSS era de una solidez inquebrantable (la presencia en África, en Cuba, en Asia, las demostraciones en el cosmos, todo esto demostraba el éxito de lo que la URSS representaba). A tal punto que nadie creyó en Gorbachov cuando empezó a dar los primeros pasos; se pensaba que era una maniobra nada más. A nadie se le ocurrió pensar que la URSS era débil y que por eso Gorbachov estaba intentando reformarla. ¿Cuál es la tesis que sustentaba esta creencia? Que la URSS, desde Stalin, era un Estado súper poderoso, omnipotente, que había fagocitado la sociedad. Esta tesis tiene su origen en un comentario totalmente erróneo de Gramsci sobre oriente, con sus sociedades débiles y sus estados fuertes, y en el análisis no menos erróneo en lo que concierne a la URSS de Hannah Arendt, cuando dice que el totalitarismo es una sociedad fragmentada al máximo con un Estado omnipresente. Hay un segundo diagnóstico, realizado por los mismos medios: el régimen de Yeltsin significó el descalabro del Estado; no solamente la disolución de la URSS como Estado soberano, en la red internacional, sino la disolución de las estructuras del Estado y su reemplazo por un grupo de presión, y la privatización del Estado. El descalabro interno era eso: el resquebrajamiento en mil pedazos de un Estado súper poderoso. Tercer diagnóstico: Putin restauró el Estado, todo esto dicho en el diario La Prensa y en los comentarios de los politólogos. En esta visión en tres actos, los rusos aparecen como una maravilla histórica. En menos de dos decenios pasaron, o habrían pasado, de un Estado súper poderoso a un Estado inexistente, y lo habrían vuelto a reconstruir en pocos meses. O sea, lo que costó varios siglos de búsquedas, esfuerzos, sacrificios individuales y colectivos, resistencias, opresiones en el occidente europeo para construir finalmente el Estado a partir de la Revolución Francesa, se hace y se deshace tres veces en la misma generación de habitantes. Como estoy hablando en la Argentina, diría que esta es una versión revisada y mejorada de “en seis meses me afanaste lo que me costó 10 años *yugar*”, ¿se acuerdan?, *La chorra*, de Discépolo. Totalmente falso... Discépolo a lo mejor tenía razón, pero la historia no es así. Voy a hablar de un solo punto más y voy a terminar. Quiero hablar de la representación política, que es la columna vertebral de lo que es un Estado. Este problema muchas veces está más trabajado en círculos de gente de las ciencias humanas y de la militancia política. Quiero leerles un telegrama extraordinario que encontré en los archivos, que fue enviado a Kalinin, presidente de la URSS, en 1930: “nosotros, obreros de las fábricas de Podolsk, junto con los representantes de la fábrica

moscovita La hoz y el martillo y otras, declaramos que las medidas de intimidación más execrables aplicadas por el último zar han sido superadas por Stalin, jefe autonombrado del proletariado, pero no reconocido por este. Exigimos, para conservar el poder del proletariado representado por los que este ha elegido, y no por los que se han autodesignado, que se aleje a Stalin de toda participación en la dirección del país y que se lo juzgue, para liberar al joven país soviético del déspota que ha usurpado el poder”. Como ven, la acusación es “Stalin no nos representa y, porque no nos representa, tiene que ser alejado de la dirección del país, no del partido”. Acá hay una confusión, hay confusión entre representación social y representación política: que Stalin no representara al proletariado no tiene nada que ver con el hecho de que sea dirigente del país. Si es dirigente del país tiene que representar políticamente a los que lo han elegido, o sea que el hecho de no haber impulsado desde arriba un verdadero sistema democrático hace que las masas populares tampoco sepan lo que es una democracia, y crean que, porque son obreros, tienen todo el poder de decidir lo que tiene que hacer el país. Acá ya estamos en otro tipo de empresa, no estoy juzgando, no estoy haciendo ningún tipo de valoración moral, estoy diciendo que ningún grupo social puede decir que el poder que tiene el Estado tiene que representar únicamente a mi grupo social, porque entonces no estamos en democracia, es otro sistema político, y podemos discutir si bueno o malo, pero no es democracia.

Quiero terminar con lo siguiente, si reformulamos el título de mi comunicación, ya no “El siglo de los comunismos”, sino “El síndrome Gorbachov o cómo pueden fracasar las mejores intenciones de cambio político”, me parece que en el plano político –no me refiero aquí al plano económico– la imposibilidad de Gorbachov, lo que le costó el poder e hizo fracasar la transformación democrática, fue algo a la vez personal y estructural, o sea social e histórico. Personal porque Gorbachov no escapó totalmente a la concepción del poder y de las relaciones políticas que tenía el partido donde él se formó, no pudo pensar que la concepción política global del partido pertenecía al pasado y no era ni reformable ni mejorable. Pero los límites fueron también estructurales. La ausencia de una representación colectiva –representación en el sentido de concepción– compartida por la gran mayoría de la sociedad de lo que es un Estado, y un Estado no lo es si no es democrático, y esta es una de las grandes conquistas políticas de la Revolución Francesa. Esta ausencia contribuyó y contribuye poderosamente a reforzar las redes clientelistas de dominación que hoy tiene el poder en Rusia.

Nota

Este texto reproduce la disertación que Claudio Ingerflom presentó el 28 de marzo de 2009, durante el Primer Encuentro de Pensamiento Político realizado en el Salón René Favaloro del Jockey Club de la ciudad de La Plata.

* Doctor en Historia (Sorbonne). Director de investigación en el Centro de Estudios sobre Rusia del CNRS (Centro Nacional de Investigaciones Científicas de Francia). Master de la Facultad de Historia de la Universidad Estatal de Moscú. Profesor invitado en el University College, de Londres. Sus temas de estudio son las representaciones colectivas del poder en Rusia y la constitución del Estado en Europa.

Anales de la educación común / Tercer siglo / año 6 / número 10 / Pensar la política: un desafío en la tarea de educar / noviembre de 2011

Publicación de la Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires,
Versión digital del artículo publicado en pp. 89 a 104 de la edición en papel.